

CIO

92

A663m

igno Araya López



Mina y Montaña

Carlomagno Araya López

**Mina
y
Montaña**

ESTIMADO LECTOR:
PROTEJA NUESTROS LIBROS,
SON PARA USTED Y LAS
FUTURAS GENERACIONES.

92
A663m

92

A663a Araya López, Carlomagno
Mina y Montaña / Carlomagno Araya
López. -- 1ª. ed. -- San José, C.R. : Lito-
grafía e Imprenta LIL, S.A., 2009.
72 p. ; 21 x 13.5 cm.

ISBN 978-9977-47-380-2

1. Araya López, Carlomagno. I. Título.

ISBN 978-9977-47-380-2

BIBLIOTECA OCCIDENTE-UCR



0143446

Primera edición 2009

0143446

Reservados todos los derechos® 23 JUN 2009

Autor: Carlomagno Araya López

Editor: Carlomagno Araya Rojas

Fotografía de portada: autor a sus 12 años

Diseño de portada: Manuel Bouza, Esteban Salazar Araya

Impreso por:
Litografía e Imprenta LIL, S.A.
Tibás, Costa Rica

El texto de esta obra, ni partes de la misma, pueden ser reproducidos, archivados o transmitidos en forma alguna o mediante algún sistema electrónico, mecánico o de fotoreproducción, memoria, sin autorización por escrito del autor.

BIBLIOTECA ARTURO AGÜERO CH.
SEDE OCCIDENTE - U.C.R.



	<i>Pág.</i>
Introducción del Autor	7
Mina y Montaña	9
Arqueta Literaria	40
Ediciones Agotadas	41
Primavera - La Estrofa	42
Cenit	43
Medallones - Vicente Molina	44
Dos Poemas	45
La Epopeya del Hombre Antorcha	45
Los Giróvagos del Numen	45
Dios y Yo	46
La Gruta Iluminada - Día Gris	46
Bandera y Viento - El Tiempo lo Dirá	47
Itabo - Poema Nupcial	48
Cal	49
Curriculum Vitae	50
Ocarina - Palabras en la Arena	51
Algo Sobre la Existencia de Dios	54
Cedro Amargo - Relámpagos Sobre mi Cueva	55
Poema Octogenario - De mi Magín Filosófico	56
Líneas Aclaratorias	57
Juicios Literarios Sobre la Poesía de Carlomagno Araya López	60

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

No soy un personaje imaginario dotado de la vida que he podido darme. En realidad soy un hombre que lleva en la piel y en el alma la tragedia del desamparo, de la humillación y del sufrimiento. Los recuerdos de mi infancia y de mi juventud no son atrayentes, sino estantiguas con fisonomía de equivocación y adversidad. No coleccioné memorias más bien las junté, coleccionar es escoger y no tuve tiempo de meter mi pensamiento para elegir cosa buena del movimiento convulsionante de mis propósitos. Tomé desquite contra el destino que solamente me proporcionó, hambre, enfermedad y el único apellido con que me estigmatizó mi nacimiento ilegítimo, me volví pesimista y la visión desfavorable que tuve de las cosas, me hizo hallar en el arte mi camino de originalidad característica.

Soy el clásico lanzador de franquezas inconvenientes, grosero y despiadado, no me importa desnudarme la lengua cuando hablo, aunque muchos piensan que antes que sinceridad, lo que hay en mí es censurable desparpajo. Indiscreto como soy revelo acontecimientos de mi vida y estimulado por la curiosidad me fui interesando en mi propia historia.

La casa donde nací tenía tres aposentos tapados con tejas sin cielo raso, piso de tierra, el patio cultivado con unas matas de café y una chayotera. Dicha propiedad estaba situada en la calle que conducía al pueblito de San Marcos. Fue la única heredad de mi abuela; donde las mañanas y los atardeceres ponían diademas de celajes.

Piñuelas y güitites formaban el conservatorio musical de monjos y setilleros, que en compañía de algún jilguero aquerenciado, hilaba con la complicidad matinal el algodón de sus trinos. El paisaje era maravilloso,

la montaña a lo lejos agrupaba riscos y árboles y el horizonte mantenía la esplendidez del lapislázuli. Fuentes se deslizaban cristalinas, y rumorosas flores del campo, abrían sus cálices llenando de fragancia el ambiente familiar y acogedor. Sus principales edificios eran la escuela, la iglesia, el palacio municipal donde estaba la jefatura política, la alcaldía y el salón para las sesiones municipales.

Los habitantes de San Ramón se dedicaban a la agricultura.

En ese ambiente fui creciendo con asma, con hambre y sin padre.

MINA Y MONTAÑA

Cuando niño preguntaba quién era mi papá, mi abuela respondía, tu papá “es Dios”.

Con esa protección paternal y divina cursé el cuarto grado de la escuela primaria, no bastaron las reflexiones del director de la escuela para convencer a mi abuela de que convenía que yo siguiera estudiando. Ella insistía en que yo no iba a servir ni para maestro y que era mejor ponerme a “jalar vacas” para que fuera aprendiendo a ganarme el cincó. En mi casa se hacía lo que decía mi abuela, el pecado de mi madre de haberme parido sin casarse, la tenía arrinconada y sin derecho a manifestar sus pensamientos.

Dejé la escuela a los 12 años y comencé a trabajar en una finca vecina. Por arrear el ganado me pagarían tres colones mensuales; si podía cumplir con otras obligaciones, me darían seis pesos mensuales y la comida. Mi abuelita estuvo de acuerdo.

El potrero donde pastaban los animales era quebrado. Muchas veces la oscuridad y la humedad del zacate, me hacían caer en las zanjas, me levantaba lleno de barro y de raspones, Cuando tenía que lazar el caballo, pasaba verdaderas congojas, el animal se ponía difícil y salía corcoveando, los aguijones de la dormilona me herían los pies, yo lo seguía entre los matorrales y una vez me puse a llorar y a pedirle a Dios, que me ayudara en mi trabajo.

Aquel día frente a la Aurora, en medio de la polifonía de los pájaros que comenzaban a sorprender el campo con su fiesta, oí elevarse la voz de mi Maestro que decía:

“Mirada enraizada en el mundo para vernos a todos, te invocó mi discípulo y no lo viste con el amor con que

viste a otros. Mano extendida sobre el bien y el mal, ¿por qué le negaste las caricias que les diste a otros?. Pie diestro en el andar suave, no quisiste caminar sobre su senda como caminaste sobre las sendas de otros. Túnica resplandeciente como el sol, ¿por qué no alumbraste su destino como alumbraste los destinos de otros?. Corazón lleno de inmortales y benignas palpitaciones, para él no tuviste compasión como has tenido para otros. Alma colmada de promesas y esperanzas, ¿por qué le negaste la confianza que tuviste para los otros? Medida y ponderación de toda cosa, nuevamente te reprocho; ¿por qué abandonaste a mi discípulo como no abandonaste a los otros...!”

Semanas después mi patrón me aumentó el salario, para mí fue una demostración de querer ayudarme, ocho colones al mes y la comida; era una ayuda generosa.

En el mes de enero de 1912 yo, tenía 15 años de edad. Mi primer amor fue una niña un poco menor, trigueña, de hermosos ojos, rostro sonrosado, a quien le escribí mis primeros versos...

Los vecinos del pueblo festejaban una actividad en el cerro El Tremedal, fui a esa fiesta con la intención de verla en aquel ambiente de risas, de música y juegos artificiales. Los vecinos disfrutaban de las rifas y de los juegos. Las señoritas de la sociedad se codeaban con las campesinas procedentes de apartados lugares. Los jóvenes bien vestidos fingían humildad saludando a los “conchos” de manos duras y pies descalzos, que ahí estaban para gastar unos cuantos pesos en la fiesta. Vi pasar a mi pretendida novia, la saludé; un petardo de doble trueno se empeñó en interrumpir la música de las esferas, los cohetes rayaban la altura como ruedas de esmeril que perdieron sus periferias para tornarse en varillas. Los ruidos ensordecedores acompañaron la

siguiente advertencia, que un pariente de la niña me hizo: "no quiero verlo conversando con Cristina, usted no es de nuestra línea, usted es hijo de mujer sola y eso es una afrenta para nuestra familia"... Soporté el ultraje, bajé la mirada y caminé sin rumbo por el cerro. Los rayos del sol tamizados por las enramadas caían sobre el camino. En un árbol dos torcaes formaban nido. Las aguas de un riachuelo se deslizaban cristalinas, fotografiando las nubes y la belleza del paisaje.

El ganado rumiaba bajo los higuerones, un garañón hundía sus patas en el remanso que formaba el riachuelo y bebía el agua a grandes sorbos. Al acercarme la bestia dio un salto hacia una yegua cuatralba que ofrecía sus ancas a las caricias del sol, oí un relincho y sus crines se rozaron. Un toro saltaba a una novilla y el viento ondulaba epitalamios entre las frondas. El zacate era más oro que esmeralda y para pastar el zacate verde, el ganado tenía que llegar a la orilla del riachuelo; en la tierra dos yurés se arrullaban llenando la floresta con sus cantos. Brisas frescas y perfumadas llegaban de rosales propincuos aromatizando el ambiente... Al regresar a mi casa le conté a mi madre lo sucedido; y su respuesta fue, "mirá hijo, en esa casa no te aceptan"... ¿Dígame, le gustaría que me casara con Cristina, cuando me case no lo voy hacer con mi suegra y si no me caso me quedaré soltero. Mamá, dígame quién es mi padre; tu papá es el señor Rodríguez; nada tenemos que agradecerle.

La revelación me atragantó. En medio de la necesidad y la pobreza, sólo tuve la abnegada ayuda de los sentimientos de mi madre. Su apoyo fue suficiente para descubrir rutas de confianza por donde caminé sin temor de que algo me traicionara.

Abracé a mi madre, entramos a su cuarto a paladear una censura silenciosa y amarga.

A los 17 años me fui con mi tío Ernesto a trabajar a las Minas de Tres Hermanos, en Abangares, Guanacaste. Acostumbrados al mal vivir nunca dejamos de ponerle buena cara al mal tiempo. Nuestros propósitos echaban raíces en cualquier lugar y en la vuelta y revuelta siempre se veía nuestro empeño de hacer las cosas bien. El 15 de octubre de 1914, a las cuatro de la mañana, éramos dos sombras, bañadas por la delicadeza de la aurora, dos almas errantes tratando de llegar a Esparza antes de que el aguacero nos empapara. De rato en rato, mordíamos pedazos de dulce para mitigar el hambre, de vez en cuando tomábamos agua de los yurros del camino. Esparza, Puntarenas, Manzanillo y miserables rancherías quedaron atrás, hasta que llegamos a las minas, cansados, con hambre y sin un céntimo en los bolsillos. En la oficina de la Compañía registraron nuestros nombres para que al día siguiente fuéramos a trabajar, nos dieron contraseñas para retirar nuestros alimentos. El campamento era un lugar cosmopolita; españoles, jamaquinos, hombres honrados o prófugos de la justicia constituían sus eventuales moradores. Los días de pago eran los días en que el guaro, los dados, y las vendedoras de amor, llegaban de otros lugares, y despertaban los malos instintos en aquellos hombres, que armaban tremendas broncas, donde la elocuencia de los revólveres y los puñales dejaban el resultado de una persona fallecida y varios heridos. Ahí conocí hombres que tenían la rigurosa sujeción y la caliente vanidad de disparar un arma y aplicarla en los momentos en que somos engañados con un churuco de doble fondo o por una catedrática del amor barato. Fui amigo de Felo Rubio, de Cristerno Villafuerte, de Mamachana, de Domingo Matarrita, de Tobicho Durán, de Picuechincha, donde se destacaban Quincho Murillo y Lolo Sequeira.

Lolo era el más famoso de aquellos mineros, no le tenía miedo a nadie, moreno, cuerpo atlético y agilidad felina. Cuando andaba borracho le gustaba pelear con los más brabucones, y como había vencido a muchos, tenía enemigos. En una discusión jugando dados, Cupertino Villalba le lanzó un machetazo, Lolo con increíble rapidez agarró a su rival; lo volcó y con una mecha de eslabón lo agredió, le quitó la cutacha y le dijo: "mirá te hago esto para que aprendas a no ser tan cabrón..." y siguió jugando como si no hubiera pasado nada.

Otro de los intocables del lugar era Joaquín Murillo, oriundo de San Ramón de Alajuela, y agente de policía del caserío de Três Hermanos. Conocido como un hombre corajudo, no le temblaba el pulso para mantener el orden en su jurisdicción, aunque tuviera que aplicar severas medidas.

Llegó el día de integrarnos a nuestro trabajo, no debíamos perder tiempo, abordamos el ascensor, por su estructura destartada los mineros la llamaban "la jaula." Desaparecimos en la profundidad del túnel que nos llevó hasta el nivel cuatro, al descender vómitos de agua sucia nos empaparon, asustado exclamé, ¡Jesús nos acompañe!, un minero alto, bigotudo, con cara de alacrán, gritó: ¡me cagó en San Pedro!, miré a tío Ernesto llevarse las manos al pecho y coger la reliquia que le había dado mi abuela, un destello de confianza en sus ojos logró tranquilizarme.

"La jaula" se detuvo frente al socavón, imaginé la boca del infierno iluminada por la luz de unas lamparillas, íbamos a trabajar en un túnel a doscientos metros de profundidad donde el temor y la inseguridad nos amenazaban. Carburadores manchados de cardenillo utilizaban la hostilidad de aquel lugar en el que las rocas nos mostraban puños agresivos. Los picos y las

palas levantaban chispas de diversos colores y un sudario de barro nos envolvía. La cuadrilla se separó cuando el socavón con su ojo de tiniebla, nos miró severo y horripilante. En fila india caminábamos detrás del capataz hasta llegar a la veta más rica y peligrosa "el encanto". En ese sitio se daban los desprendimientos de tierra más peligrosos, por la carencia de estructuras sólidas que sostuvieran los derrumbes.

Terminada la labor el capataz ordenaba colocarnos en fila india, para revisar que ninguno de nosotros se robara pedacillos de oro. Cumplido el registro, nos mandó a Juan Salas y a mí a buscar y destapar un "chiquero" que se había aterrado por razón de una "fuegueada". A pico y pala duramos trabajando más de tres horas, cuando logramos localizar el canal, por donde se deslizaba el material para su proceso, eran las once de la mañana. Salimos a comer y vimos en una camilla el cadáver de José Reyes, lo había aplastado un "burro"; el día anterior la explosión de una dinamita, mató a Eduardo Chavarría, hermano del poeta Lisímaco, de igual manera murieron, Máximo Muñoz y Pancho Bedoya, trabajadores que estaban al cuidado de la preparación de los explosivos.

Dentro de esos trabajos y esos peligros, yo no hacía más que rezar y pensar en mi abuela y en mi madre.

Tres meses trabajamos en la mina; al enfermarse Ernesto nos pagaron las últimas guardias, y con el dinero nos echamos las maletas al hombro y después de muchas penalidades llegamos a San Ramón. Al vernos, mi abuela y mi madre se alegraron, pero notaron la flaqueza de mi tío y lo que yo había crecido.

Fui un adolescente con los ojos puestos en lejanías centellantes, a quien ni el hambre ni la enfermedad, ni el infortunio pudieron apartarme del camino de la literatura. En los libros encontré los maestros que me

dieron enseñanzas gratuitas y los amigos que nunca me traicionaron.

A los siete años de edad comencé a leer cuentos y versos, fue la literatura la que me suministró esas enseñanzas, esos entusiasmos de belleza que me alejaron de la haraganería.

El alma santificada de mi vieja tiene que darse cuenta desde más allá de donde se garantizan las auroras, desde más allá de las nubes y las estrellas, que el destino me empujó, hacia el círculo de los sueños estériles, hasta dejarme delirante al extremo de querer novelar sucesos de mi juventud; soy tan infeliz como todos los escritores, que habiendo publicado, todavía quieren publicar más a sabiendas de que nosotros nunca fuimos piezas de importancia en el tablero de las concreciones aprovechables.

Mi cultura se redujo a lo que pude aprender en mis cuatro años de escuela primaria. Sin preceptiva literaria yo no sabía como distribuir en medidas métricas las estrofas que se me ocurrían; un día pensé que había una magia en el arte de la versificación, supuse que la igualdad de la extensión de los versos era la que producía los efectos de los ritmos y tomaba varias líneas del mismo tamaño; las comparaba y no me resultaban rítmicas; pero, ¡dónde, Dios mío!, está la revelación del secreto para establecer el compás de los sonidos. No acertaba con el conocimiento que se necesita para hacer un romance, un soneto o un poema. Escribía, a los días cuando revisaba lo escrito, me daba cuenta de que aquello no servía. Cuando compré un libro de retórica y poética me di cuenta de que el verso tiene valores de ritmo y sonoridad, que lo diferencian de la prosa; para lograr esos valores tenemos que saber que los versos se estructuran con sílabas métricas; no se deben confundir

con las sílabas gramaticales, los compases se logran por la sinalefa, que es la unión de dos vocales que se pronuncian formando una única palabra.

La rima perfecta se da en los versos cuyas letras, de la vocal acentuada hasta la letra final son las mismas. La rima imperfecta o asonante resulta, cuando del acento de la palabra al terminar el verso, únicamente son iguales las vocales.

Ernesto Araya López, era el hijo mayor de mi abuela Ana Cleta, y el jefe de nuestra familia.

Trabajaba chapeando los potreros de Jeremías Rodríguez hasta el medio día. Su jornal era de un "peso" diario. Su pobreza lo motivó a irse para las montañas de Savegre, o para cualquier otro lugar, donde pudiera conseguir un mejor trabajo, o denunciar un terreno donde pudiera afincarse, sembrar la tierra, criar gallinas, tener un chiquero, un caballo y unas vacas, esa, era su idea.

Francisco Rodríguez, un ramonense aventurero lo entusiasmó para que lo acompañara a viajar a la zona sur de Puntarenas, con el propósito de que le ayudara a levantar su rancho por las cercanías del río Savegre. Ernesto que estaba ansioso por encontrar esa oportunidad aceptó el trabajo. Algo que Francisco no le dijo fue, que en ese lugar la gente se enfermaba de paludismo, de la fiebre aguas negras, y que había muchas culebras venenosas.

Por la tarde, cuando Ernesto regresó de "jornalear", nos dijo; la semana entrante me voy con Francisco Rodríguez para Savegre; voy en busca de trabajo, en esta pobreza en que vivimos, pronto nos quedaremos desnudos y descalzos.

Mi abuela y mi madre no estuvieron de acuerdo en que tío hiciera ese viaje. No atendió consejos, su

determinación fue: ¡A mí no me queda más camino que irme a Savegre!... Le pregunté cuándo se iba... el jueves tengo que estar en Puntarenas, la lancha sale el viernes por la mañana para Punta Uvita, nosotros nos quedamos cerca de la desembocadura del río Savegre o en Portalón. Tío, ¡yo me voy con ustedes! ¡Abuela, pídale a Dios que nos acompañe!

Cuando nos desprendemos de lo que más amamos, nuestros sueños se quedan abatidos; perdemos la ruta por donde vamos y seguimos caminos desconocidos.

A las cinco de la mañana de aquel jueves, salimos de San Ramón, íbamos batiendo barro con rumbo a Río Grande de Atenas; a pie y cargando las maletas. Ernesto y yo seguíamos a Francisco, el mal camino nos dificultaba la marcha; después de varias horas llegamos a la estación del ferrocarril, en Río Grande, abordamos el tren y dos horas más tarde estábamos en Puntarenas. El mar parecía inmensa plancha metálica que se licuaba al calor del sol bronceando sus aguas.

A las seis de la mañana del viernes, navegamos mar adentro con rumbo a nuestro destino; horas después desembarcamos cerca del río Savegre; en tierra firme continuamos la marcha para localizar el rancho de unos conocidos de Francisco. Él fue nuestro baquiano; a partir de aquel momento nos llevó al rancho de una familia amiga; ahí nos invitaron a tomar café, y su amigo le indicó el rumbo que teníamos que seguir para llegar al rancho de José González.

Francisco y Ernesto, me dejaron en la playa, con un rifle, cuidando las maletas y las provisiones, mientras exploraban el lugar.

Treinta minutos de soledad y espera. A un lado la montaña, al otro lado el mar, rumor de olas y gritos de animales salvajes. A un caucel que salió a la playa le

hice un disparo y fallé. Detrás del animal apareció un lugareño con su hijo, me saludó y me dijo, "no pego al tigrillo;" le respondí, no tengo puntería!

¿Usted vive por aquí?, no, yo vivo a la otra orilla del río. Él es mi hijo mayor y me ayuda a recoger la sangría de los árboles de caucho. ¿Adónde duermen?, en aquella canoa. ¿Es cierto que por aquí aparece el tigre y hay muchas culebras? ¡Sí! Hay que cuidarse es un lugar peligroso, el cauchero y su hijo se despidieron; subieron a la canoa y comenzaron a remar.

El día se oscureció, el mar de vaciante, la lluvia amenazaba, Ernesto y Francisco se aproximaban; al llegar levantaron las maletas y anduvieron hasta divisar el rancho y un trillo que los condujo a donde José González. Él era viudo y tenía una incapacidad por pérdida de tres dedos de su mano derecha; vivía con un hijo soltero aficionado a la cacería. Al rato llegó el muchacho; figura atlética, de su hombro colgaba una escopeta, nos saludó y subió al tabanco.

Después de pasar la noche con José y de agradecerle sus atenciones, nos despedimos. Caminamos rumbo al río Naranjo, durante siete horas matinales que se empeñaban en demostrarle a la montaña y al mar su afición decorativa. El mar y la montaña parecían fatigados con la repitente lección pictórica que todos los días les daba la mañana. El sol arrodillaba ante él la gratitud de las dríades y de las nereidas. ¡Quién pudiera cantar al sol como lo había cantado San Francisco!

Cuando entramos a la montaña yo estaba inspirado y escribí lo siguiente:

“La montaña feliz exhala vahos
de resina balsámica. Doquiera
ríe naturaleza. Las ramas

están llenas de flores, de sinsontes
y en los lejanos montes;

hay como festival de panoramas,
algo como coloquio de horizontes.

Tiéndome sobre el césped
recién usado tálamo en desorden.

Advenedizo pájaro es el huésped
más alegre del campo y canta un orden
de canciones extrañas.

Los árboles se doblan bajo el peso
de apetitosos frutos,

pomas del paraíso de las niñas
de quince años apenas.

¡Fecundidad, fecundidad gloriosa.
polen y savia de la vida,

sangrienta flor, fundamental herida,
tú vives en el trópico o en la nieve,

en toda latitud, en todo lado;

eres lo más extenso y lo más breve
de lo absoluto desproporcionado,

de lo infinito donde Dios se mueve!

Francisco sorprendido preguntó, ¿de quién eran esos versos? Son míos le contesté. Ernesto dijo, sí, desde muy chiquillo a Carlomagno le gusta escribir; y sin más comentarios seguimos nuestro camino. Rodríguez era conocedor de esos parajes, nos iba dirigiendo por trillos intrincados de una selva impenetrable. En ese lugar llegué a la conclusión, de que las montañas tienen hermosura de lejanía, son deseables cuando se ven de lejos; de cerca metaforizan inmensas catedrales de adversidad y de espanto.

No solamente los tigres, o las culebras son nuestros peores enemigos, cuando nos aventuramos adentrándonos

en ellas; también estamos amenazados por los mosquitos y las ortigas, que al picar, o rozar nuestra piel, nos provocan dolor, enfermedad o muerte.

Después de un breve descanso continuamos la marcha, los pedacitos de cielo que algunas veces logramos ver, entre caobas y cenizaros, los oscurecía la neblina. Dos rayos dejaron caer sus estrépitos de fuego sobre las copas de los árboles. Aguacero ciclónico descargó su rebenque sobre el bosque, fúria e inestabilidad del viento hacían caer la lluvia con fuerza. Para evitar los golpes del agua nos guarecimos bajo el pabellón de una encina que parecía la carpa de un circo. La espesura de las ramas, unas veces nos protegían y otras nos baldeaban hasta perder el equilibrio. La tormenta no se calmaba; se oían los árboles caer abatidos. El espanto y la neblina cogían formas diferentes entre las ramas y detrás de los troncos. Los que hemos pasado una tormenta en la montaña o una fuegueada dentro del socavón de la mina, podemos hablar de la voluntad que se necesita para dominar el miedo. Es ante estos peligros cuando con más ahínco y desesperación buscamos a Dios.

Al fin el vendaval se apaciguó. Los declives del bosque eran caminos por donde el agua arrastraba piedras y ramas. Las fuerzas atmosféricas desaparecieron y el viento se convirtió en brisa suave. Los pájaros que fueron sorprendidos por el aguacero volaban nerviosos entre el follaje de la montaña.

Caminemos rápido, ordenó Rodríguez; los barriales nos impedían hacer la jornada con más rapidez.

Por fin llegamos a Savegre, ese río es peligroso por su profundidad, traté de cruzarlo a nado abusando de mi juventud, sus aguas me arrastraron, y después de muchos esfuerzos llegué a la orilla; a lo lejos las figuras de Francisco y Ernesto, apenas las podía distinguir. Mi

regreso a donde ellos estaban fue angustioso, exhausto y golpeado me tendí a la orilla de unas piedras, cuando oí que Rodríguez me regañaba: ¡Oiga Carlomagno, no vuelva a hacer eso, no hay que tocar a Dios con las manos sucias, lo que usted hizo es una barbaridad y piense, ¿qué íbamos a decirle a su mamá y a su abuela, si usted se hubiera ahogado?

0143446

Tío Ernesto, estaba en gran tensión donde se mezclaban, la preocupación y el enojo, al fin habló: ¡güevón, te has salvado de milagro, casi te lleva puta por abusivo, si no tenés consideración de mí; ¡acórdate de tu mama y de tu agüela!... me llevé un susto del carajo!

Perdóneme tío, le dije bajando mi cabeza.

Emprendimos la marcha, al vadear el río Naranjo llegamos al rancho de Dionisio López, conocido como "Nicho", era un hombre alto, pálido, ojos oscuros y dientes puntiagudos, oriundo de Chiriquí, Panamá.

Pastora Guadamuz, su mujer, espigada, trigueña, ojos claros, simpatía respetuosa y de unos treinta años de edad. Emigraron de Chiriquí con el propósito de denunciar terrenos para cultivar la tierra y levantar su rancho. Volteando montaña y trabajando con denuedo lograron mantener lo necesario para convivir en ese lugar. Dionisio y Francisco eran viejos amigos, cuando Francisco comenzó a desmontar su baldío, Dionisio ya cultivaba el suyo, de pronto nos preguntó quiénes éramos, Ernesto respondió diciéndole que fuimos contratados para trabajar en el rancho de Francisco, era tarde, Dionisio miró su reloj y nos dijo, mejor se quedan, van a llegar de noche a "Hulegacho", aquí pueden dormir, una mala noche se pasa en cualquier lugar.

A las cinco de la mañana estábamos levantados detrás de un transparente velo de neblina, el amanecer iba asomando la cara del día. Salimos del rancho, Nicho.

partía. Leña y doña Pastora ordeñaba las vacas; al vernos nos dijo; la mañana esta bonita y no hay trazas de que llueva. Sí, respondió Ernesto, dentro de un rato hacemos viaje. ¡Cómo, interrumpió Dionisio!, ustedes no deben irse, el rancho de Francisco, esta a "medio palo", todavía falta levantar unas paredes y techarlo. ¿Adónde se van a meter. Quédense, mientras Ulises Jiménez y los que están con él terminan ese trabajo. Francisco manifestó estar de acuerdo, y que nosotros tomáramos la decisión de llevar las provisiones a "Hulegacho". Dionisio prestó una bestia para llevar la mercadería.

Después del desayuno, sin preocuparnos por el mal estado del camino, embarrialados, avanzamos con la severidad del bosque, media hora después se presentó una quebrada y un rancho a medio construir, en un terreno de cinco manzanas, al fondo la espesura de la selva. Ahí mismo nos encontramos con Ulises Jiménez, él tenía conocimiento de que llegaríamos cualquier día a trabajar con él en el rancho.

Estábamos identificándonos por ser ramonenses, cuando llegó Francisco, acompañado de Rodolfo Pérez, Uriel Cerceño y Pío Jurado; Francisco aprovechó la presencia de Pío para pedirle que se quedara con nosotros en "Hulegacho". Pío y yo simpatizamos a primera vista, y nuestra cordialidad se fue aumentando con el trato y la convivencia. Es muy difícil explicar la amistad, pues la verdadera es una especie de fraternidad espiritual siempre preconizada y muy raras veces sentida. Cuando hay intereses de por medio y competencia de aptitudes o propósitos, surge el disimulo opositor que es una de las formas de la hipocresía. Entre Pío y yo no hubo ninguna rivalidad y la simpatía entre nosotros era espontánea; y brotó como el agua de las intimidades de la tierra. Después de que lo conocí, tendré que exclamar: ¡qué pequeño gran amigo era Pío Jurado!

De regreso a la finca de Nicho, comenzamos a voltear montaña; teníamos que arar el terreno para las nuevas siembras. Pío me enseñó a manejar el hacha, aprendí a "boquear" los árboles por donde estaban las ramas más gruesas. Me dijo que siempre el árbol se inclina de norte a sur, porque los vientos del norte son más violentos y los inclinan en esa dirección. Terminado el trabajo me fui a descansar, la tarde declinaba y la noche condecoró con medalla de luna la silueta de la montaña. Echado junto a mi hamaca estaba "barcino" el perro de Dionisio; silencioso y marcado de cicatrices, jamás escandalizó con sus ladridos, las veces que tuvo que enfrentar al tigre. Quien más se relacionaba con ese animal sin apreciable genealogía, era Pío Jurado; los dos estaban siempre en religiosa entrega de cariño hacia lo misterioso del bosque. Aquel hombre y aquel animal vivían con los ojos hundidos en la espesura, buscando sitios para provocar luchas selváticas inspiradas en sus enterezas. En aquel instante pensaba en mi novia, cuya imagen pasaba por mis parajes de realidad y fantasía, en mi ambiente tranquilo y soñador. Metido en mis recuerdos cogí la guitarra y me puse a cantar. Pío se acercó y me dijo ¡usted sabe cantar y tocar bien la guitarra!; ¡sí! lo que pasa es que estoy enamorado y los padres de mi novia me rechazan. Después de quince días de ayudar a Nicho, regresamos a "Hulegacho"; con hojas de palmito terminamos el techo y las paredes del rancho y con cañas de huiscoyol hicimos el tabanco para dormir. En ese lugar la escopeta era la compañía más segura que teníamos, además se encontraban con nosotros, Rodolfo Pérez, Uriel Cerceño, Ulises Jiménez, un jamaquino de apellido Daniels; otro conocido como ñor Ibarra.

Por la noche a la luz de nuestras lámparas, la montaña presentaba proporciones amenazantes; conformidad de

fantasmas que a través de los árboles parecía invitarnos a penetrar en sus riesgos y conocer sus secretos. Cantos y graznidos de pájaros nocturnos; rugidos, gritos de animales estrangulados por los tigres, estruendos del río crecido y de la selva vencida por el temporal, toda la preocupación que produce una naturaleza brava y hostil donde enseñan la muerte el tigre, la víbora y el zancudo. Aquella incomunicación y aquellos peligros eran deprimentes: lejos de la protección del Estado, de la ciencia médica, de la familia, de toda comodidad y de toda civilización, había telégrafo en San Marcos de Tarrazú a dos días de camino del lugar donde nos encontrábamos. Allí la ley era el arma, a nadie le faltaba el machete o el rifle al hombro.

Tres meses teníamos de trabajar en "Hulegacho" cuando el anófeles me contagió el paludismo. Al primer frío y a la segunda calentura, creímos que me había resfriado. Mi tío me frotó con alcohol el pecho y la espalda, la fiebre se mantenía. A los ocho días él cayó postrado por la fiebre. Nos acostábamos juntos en el tabanco, donde pasábamos las horas, unas veces tiritando y otras abrazados por la calentura. Perdimos el apetito, la sed sofocaba nuestras gargantas; si el agua se nos terminaba, me bajaba del tabanco a chuparme los limones agrios que se encontraban en un saco de "gangoche". Él se chupaba uno porque creía que el limón ácido le iba a arralar la sangre.

Probablemente si mi tío hubiera chupado bastantes limones, el envenenamiento úrico no se hubiera dado causándole los terribles dolores, que le paralizaron sus piernas. "Rezame porque me voy a morir", fueron sus últimas palabras. A la mañana siguiente sus párpados entreabiertos y sus pupilas entenebrecidas anunciaban su muerte. Cuando Pío lo amortajó, su sabana le sirvió

de sudario y ataúd; rajas de leña su catafalco. El negro Daniels le rezó unas oraciones en inglés. Oí, cuando cavaban su fosa al pie del limonero cercano al rancho. Por motivo de mi enfermedad no asistí a su funeral. Cuando Nicho supo de la muerte de Ernesto, llegó a "Hulegacho" y compadecido, me llevó a su rancho a grupas de su caballo, para que doña Pastora me cuidara, y mandó a su baquiano a San Marcos de Tarrazú, a poner el telegrama avisándole a mi madre la muerte de Ernesto. Después de seis semanas de estar bajo la custodia de doña Pastora, y de pasar muchas penalidades, Francisco mi patrón, y Nicho mi protector, acordaron sacarme a caballo de Río Naranjo a San Marcos de Tarrazú, y de ahí mi regreso a San Ramón. Nicho volvía a "Hulegacho" y yo a mi pueblo. Pienso que nadie, absolutamente nadie, ha llegado a su hogar en situación tan lastimosa y depresiva, como fue esa vivencia para mí. Francisco me ayudó a bajar del caballo, cuando entré a la casa de mi abuela, ambas lanzaron un grito de alegría y se pusieron a llorar. Francisco les dio el pésame, les explicó lo que había ocurrido y los cuidados que recibí de Dionisio López y su esposa; dadas las explicaciones se retiró discretamente.

Entre lágrimas, lamentos y sollozos, mi abuela y mi madre preguntaban si había quedado sepultado en la montaña, si se había confesado, si habían vecinos cerca de su tumba, si le rezaron los nueve días; a ellas les pareció que los rezos en inglés no valen ante los ojos de Dios. Les aclaré que los sacerdotes rezan en latín, que "Tatica Dios" entiende todos los idiomas. Al día siguiente mi abuela regresaba de la iglesia, después de rezar un Vía Crucis por el alma de su hijo. Entró directamente a mi cuarto y me encontró de pie, me llamó la atención para que no hiciera desarreglos.

Considerando su dolor, le aconsejé que no llorara más por la muerte de tío. Me preguntó, si yo quería quitar el derecho de llorar por su hijo, ¿vos no sabés nada de estas cosas porque no los tenés! Abuela: yo no la critico, trato de que se resigne, la muerte tarde o temprano nos llega a todos. Me interrumpió y me dijo: a mí, ahorita, el corazón me brinca; ahora que andaba rezando, me dio una descomposición en la iglesia, me faltó el aire y no podía respirar, estoy deseando morirme.

No piense en la muerte, la muerte no existe como cesación definitiva de la vida. Su hijo fue un hombre bueno, la muerte de las buenas personas es la unión eterna con Dios. Vivimos de apariencias, de vanidades, de fabricar sueños que se rompen en un momento. La muerte termina con lo superfluo, y nos pone en contacto con Dios. Él es el Bienestar Perfecto, como aprendimos a vivir, debemos también aprender a morir. Mi abuela con su sencillez me dijo, ¡no volveré a llorar! Que el Señor te bendiga y seas siempre bueno. Sus bendiciones eran excelencia espiritual que me dejaban luz en el espíritu y me llenaban de esperanza.

Cansado por el largo día, la noche me llevo a un sueño profundo que me presentó escenas de tristes recuerdos; tío Ernesto aparecía abrigado con su cobija, a su lado doña Pastora y Nicho, Pío, Ulises y Daniels; desperté sobresaltado y no pude dormir. Las reflexiones que la familia le hacía a mi abuela, por el peligro que significaban sus desmayos, no le importaban, se mantenía apoyada a su fe, su celo católico era rabia contra todo lo que no estuviera de acuerdo con las políticas de la iglesia. No sabía leer pero entendía lo escrito en letra de imprenta.

La amé por su sencillez, ella vivió mis indecisiones por mi búsqueda para encontrar mi verdadera identidad.

Existía reciprocidad en nuestras conmisericordias; ¿quién vivía mejor ella descansando en su fe, o yo escondido en un bátraco de escepticismo?

Estaba mejor en el paraíso del humo de los incensarios, que yo con mi frente ceñida por las inconveniencias de una filosofía insulsa.

Llegó a mi cuarto y me dijo: “vengo de rezar, no aguanto las rodillas de estar hincada, es lo peor, de todas maneras ya son pocos los días que me quedan. No le tengo miedo a la muerte. Me preocupa lo que debo decirle a Dios. Ahora voy a descansar, me siento mareada. La abracé y la recosté en mi cama.

Los goterones de la lluvia golpeaban fuertemente el techo de la casa, marcando el compás de una marcha sin regreso. Al quedarse dormida y mirar su rostro, recordé aquel San Ramón envuelto en inexactitudes y vanidades. Las familias adineradas miraban a la clase obrera como seres del más bajo estrato social. Yo tuve esa experiencia cuando publiqué mis primeras composiciones literarias. Cómo se burlaron de mí persona cuando vieron mi traje de dril, y mis zapatos remendados. En una ocasión participé en una reunión escolar, uno del público aseguró que mi discurso lo escribió el director de la escuela.

Ahora cuando puedo contestar las preguntas que me plantea la vida, hay quienes niegan la verdad de mis respuestas y de mis pensamientos.

Esas negaciones me han vuelto desconfiado, espero que la luz de la verdad vea llegar a mi último refugio a los “coligalleros” de la envidia. Soy previsor, nunca quise frecuentar círculos literarios, si lo hubiera hecho, alguien afirmaría que me ayudó en lo que escribí como versificador o prosista. Esas vicisitudes las tomaría como castigo si me diera cuenta de que mi conciencia es culpable de algo imperdonable.

Las muertes de mi tío y de mi abuela; llenaron de quebranto nuestro hogar. Mi madre y yo sufrimos sus ausencias. ¿Qué voy hacer ahora? Me preguntó con los ojos llenos de lágrimas. Usted me tiene a mí, voy a buscar trabajo. No se trata de eso, respondió, lo que me hace sufrir es que ya no están con nosotros.

Mamá, yo pienso que los espíritus nunca nos abandonan, La Iglesia Católica cree en el espíritu; el espiritista invoca las almas de los difuntos para mantener contacto de vida con el más allá, el espiritualismo es una invocación al Padre Celestial, Él nos ofrece un ideal de vida después de la muerte, ese es mi pensamiento.

La otra pregunta que me hizo fue; ¿vos crees en la reencarnación? Sí, también creo, pienso que es un cambio en la vida del espíritu que persigue la perfección del sujeto en una nueva vida. Sostener lo contrario es una incredulidad de almas confundidas por la duda. Voy a leer este pensamiento.

“Descender de lo más grande a lo más pequeño, es volver al salvajismo primitivo en el que se llega a reemplazar a DIOS por un fetiche o un amuleto.”
(*Maeterlinck*)

Hijo mío, esos libros que lees te han enseñado mucho. Sí mamá, a través de ellos y de la lectura conocí la preceptiva literaria, lo que lamento es no haber podido seguir estudiando y obtener mi título de bachiller. Sin embargo con empeño y trabajo llegué a dominar la métrica y pude musicalizar mi poesía, a veces abusé de la consonancia en los hemistiquios, como aparece en los tercetos del soneto alejandrino que le escribí a una domadora de leones, y que en aquel momento lo dediqué al escritor Ismael Aglietti, él fue la única persona en San Ramón que me estimuló con su “*¡SURGE ET AMBULA, POETA DEL PORVENIR!*”. Dice el soneto:

EN EL CIRCO.

Para mi amigo Ismael Aglietti

Rugieron en la jaula los bárbaros leones,
con inquietud agreste movieron sus melenas,
¡oh la visión salvaje del Nubia y sus arenas,
oh el africano ritmo de palmas y aquilones!

Brotaba de sus fauces la furia a borbotones,
mojaron sus pupilas dos lágrimas serenas.
Ungieron sus mostachos con baba de sus penas
como espantoso crisma de fieras religiones.

Miró por todas partes el león más temido,
cuando lanzó un rugido que más era un gemido
profundamente triste le habló la domadora;

“¡Tal vez el mismo treno maltrata nuestro oído;
lamento desprendido de un gran réquiem de olvido
por un amor que muere y un corazón que llora!”

Después de mi regreso de las montañas de Savegre,
aprendí el oficio de panadero en el *taller de Norberto
Carvajal. El trabajo era mal remunerado, fui limpiador de
moldes, hornero, encargado de mesa; aprendí a trabajar
la harina y a elaborar el pan. Mi salario nocturno era de
dos pesos diarios. En aquel tiempo no había luz eléctrica
en San Ramón y nos alumbrábamos con unas antorchas.

Por la noche el viento se metía por las rendijas de
la casa, las llamas se asomaban por la boca del horno
intimidando al frío y ocasionando tibieza en el ambiente.
Siempre hice grandes esfuerzos para no dormirme; Juan
Moya se dio cuenta de que yo trastabillaba; me tomó por

un brazo y me dijo; no te duermas Carlomagno, cuando estés enterrado vas a dormir para siempre. Sonreí, eran las siete de la mañana, la fastuosidad del día me acompañó camino a mi casa. Afuera los yigüirros con sus silbidos llamaban al viento, el cielo, diáfano zafiro, diluía su azul complacencia sobre la piedra de San Isidro. Después de saludar a mi madre me fui a dormir; ella me comunicó que el sacristán le dijo, que al sacerdote le urgía hablar conmigo.

En horas de la tarde llegué a la Casa Cural; la hermana del cura me pasó a una sala adonde él atendía a sus feligreses. Media hora después apareció un hombre de regular estatura, cuarenta y cinco años de edad, su condición física anunciaba un programa de vida espléndida. Me puse de pie, él me pidió que me sentara.

Te mandé a llamar porque necesito hablarte de un asunto muy delicado. Recibí noticias de que andás detrás de la hija del finado Pío, que en paz descanse. Él fue un buen feligrés de esta parroquia.

La persona que le dio el informe, no sabe que mis intenciones son matrimoniales; estamos esperando que mi situación económica mejore para casarnos. Yo estoy enamorado y ella también.

Contestáme, con qué pelos te vas a casar; no tenés ni un cinco.

Oiga Padre, ese es asunto mío, soy un hombre trabajador y podré mantener a mi familia.

De nada te sirve trabajar y no ser vicioso, si no guardás amor a Dios, nunca te confesás, no venís a misa, tú mamá siempre en pecado mortal, al templo no se arrima ni en broma...

¿Por qué se expresa así de mi madre?, sus apreciaciones son injustas e irreverentes, su condición de sacerdote no le otorga ese derecho.

Con mirada desorbitada me enfrentó; su fanatismo lo llevó a juzgar a una mujer que no pudo defenderse; la criticó porque no tuvo marido, porque no iba a misa, porque no se confesaba y además tuvo un hijo bastardo. }
 ¿Mi pregunta para usted señor cura es la siguiente; }
 ¿adónde está su misericordia cristiana, el amor al prójimo?

Tus apreciaciones están en contra de la Santa Madre Iglesia. No te excomulgo, pero te aconsejo escoger mejor tus lecturas para fortalecer tu alma.

Al regresar a mi casa, le conté a mi madre el resultado de mi conversación con el sacerdote. Ignoro quién fue a pedirle su intervención para alejarme de Cristina. Sus críticas y su imprudencia para calificar el comportamiento de nuestra familia, en el campo religioso es una señal de que definitivamente están decididos a terminar con mis intenciones matrimoniales. Creo mamá, que lo que más me conviene es irme de San Ramón y buscar fortuna en otro lugar. Voy a dormir, a las seis debo llegar la panadería. En ese descanso soñé que un torbellino arrastraba a una mujer, era a Cristina que pedía ayuda y no pude protegerla. Me desperté sobresaltado, sentí que una fuerza interna se oponía a mis sentimientos; sombra premonitrice me cubría el alma de presentimientos, voces desesperadas me anunciaban nuevas desazones, creí ver una revelación de soledad por el abandono o por la muerte. Soy supersticioso; el destino me reservó acontecimientos que debía sufrir.

Esa noche en la panadería comenté que me sentía nervioso, porque tuve un sueño muy feo con Cristina; Juan Pérez me dijo: ¡no te pongas a creer en tonterías, lo que pasa es que estás enamorado de tu novia, debes casarte!

De acuerdo con lo que gané aquí apenas puedo medio vivir, lo que pasa es que uno se acobarda y vive apegado

al terruño. Nicanor Centeno, riéndose me dijo; “no seas güevón”, comiste mucho y te dio una pesadilla.

Yo sé que hay otros lugares con mejores posibilidades de vida, Puerto Limón, Puntarenas, San José; gracias a Dios tengo facilidades para escribir en un periódico, puedo trabajar y mi situación económica cambiaría, voy hablar con mi madre; no va a querer que me vaya, pero tengo que ordenar mi vida.

Cuando le dije que me iba a trabajar a Puerto Limón, ella se opuso, diciéndome que era un lugar enfermizo; y que no olvidara que tenía que cuidarme mucho porque todavía no me había curado del paludismo.

Insistí diciéndole; aquí no hago nada, mi sueldo es poco, necesito darle más ayuda económica a usted, ¿cómo voy a quedarme aquí?

Finalmente ella aceptó. Una semana después estaba radicado en el Puerto Limón, trabajando sobre la artesa y frente al horno, nuevamente la harina dándome la comunión de su blancura en la mesanegra del esfuerzo que suda y que trasnocha!

Seis meses viví en esa ciudad, cuatro en la Gobernación como misceláneo, tuve una mala experiencia, dificultades, incomodidades y el descuido de la vivienda que habitaba era una especie de zaquizamí, allí no había muebles, la ropa la guindaba en los clavos que había en las paredes, y los malos olores se extendían por todos lados.

Por fin resolví trasladarme a Puntarenas, bello puerto de nuestro país. Solamente la playa donostiarra es tan linda como la de este puerto. Ahí viví días muy gratos en los dos años de mi permanencia en esa ciudad.

En ella enfrenté algunas dificultades para conseguir trabajo. Dio la casualidad que un día me encontré con Octavio Narváez, conocido como “Tata Lenke”, de

origen nicaraguense y ebanista de profesión, buena persona, nos saludamos y le comenté que me encontraba desempleado; me dijo... tiene buena fortuna, necesito un muchacho en el taller que me ayude como carpintero, y cuando yo no esté en el taller que lo vigile; Carlomagno a usted le sirve ese trabajo. Lo acepté. Al día siguiente empuñaba serrucho en mano aprendiendo el nuevo oficio con el que el Patriarca José le dio a Jesús su apoyo para que levantara siglos atrás, la bandera del socialismo cristiano.

Radiqué en el puerto de 1920 a 1922, dos años haciendo más versos que dinero, publicándolos en el Herald, semanario que dirigía el periodista Francisco Luis Enríquez, mi colaboración literaria la di por el apoyo que la provincia de Puntarenas me dio y por la inspiración que le robé a su playa donostiara.

De regreso a San Ramón, me fui a trabajar a la ebanistería de Guillermo Zúñiga, construyendo cajas funerarias.

Mi buen amigo, Marco Tulio Jiménez Mesén, vivía en San José, y mantenía una buena amistad con don Joaquín García Monge, Director de la Biblioteca Nacional, él le comentaba la necesidad de reponer a un empleado de la sección de revistas quien había fallecido. Marco Tulio aprovechó la oportunidad para recomendarme y le mencionó mi nombre.

El 22 de marzo de 1922, Marco Tulio y yo nos presentamos en la oficina de don Joaquín, me dio el trabajo, con un sueldo de cien colones mensuales. Y fue en aquel momento que estrené mi primer vestido de casimir comprado en la tienda Robert en cincuenta colones.

Un mes después de estar trabajando en la Biblioteca, conocí a una persona que resultó ser un brillante periodista a quien le entregué algunos de mis poemas.

Sorpresivamente días después aparecieron publicados en una página del periódico La Nación de aquel tiempo; la presentación que de ellos hizo el escritor Lic. Asdrúbal Villalobos dice lo siguiente:

*Un hombre humilde, que salió del cuarto grado de la escuela primaria para ayudar a su madre que necesitaba de su trabajo, es Carlomagno Araya, el joven que tengo el placer de presentar como una real esperanza de la patria. No presento a Carlomagno como un virtuoso de la forma en el verso; no lo presento como cincelador de estrofas acabadas; defectos hay en sus versos, que no escapan a mis ojos de simple aficionado; no lo presento como un versificador cuya habilidad le permite disimular con la forma la vaciedad del concepto; no. Yo presento a Carlomagno Araya como un poeta, porque en estos versos hay un poeta de verdad.”

De mis composiciones el poeta Villalobos seleccionó para la página titulada “LOS LUNES LITERARIOS DE LA NACIÓN” el siguiente poema:

Vengo de la ciudad de mi cariño,
donde vi, por mi bien, la luz primera:
de la ciudad que quiero desde niño
con todo el corazón y el alma entera.

Allá quedo el barbecho
que tarde a tarde contemplar solía,
y bajo humilde y cariñoso techo
quedó también la buena madre mía.

Una mañana resolví mi viaje
y calzando mis rústicas sandalias,
a esta casa llegué, llegué y os traje
de mis nativos prados unas dalias.

¡Oh los prados nativos! Los hermosos
prados llenos de mística fragancia,
donde pasé los ratos más dichosos,
los más alegres ratos de mi infancia.

Allá quedó el "yurrillo"
de rumorosas aguas cristalinas,
donde yo iba a pescar, cuando chiquillo,
cangrejos y "olominas"...

Allá quedó el bosque
sahumado del olor que los jarales
sueltan en las mañanas. Solo os traje
la miel de los panales

que doblan las tupidas ramazones
que dan frescura al trillo...
y todas las canciones
que en la escuela aprendí, cuando chiquillo.

Don Manuel de la Torre, de origen colombiano, era mi compañero de trabajo en la Biblioteca Nacional. Culto y bondadoso le costó convencerme para que participara en los Juegos Florales de 1922. Yo sentía inseguridad y no quería hacerlo para no caer en el ridículo. El doctor Valeriano Fernández Ferraz, intelectual español, me dio consejos que me condujeron a distancias literarias importantes, me recomendó que participara en "los juegos florales", anunciándome que tenía la posibilidad de ganar una medalla. Finalmente me decidí a concursar y remití al jurado mis poemas. Días después el periódico La Prensa del 5 de octubre de 1922, informó al país que el jurado declaraba triunfador a Carlomagno Araya, ganador de los tres primeros premios, medallas de oro,

para sus poemas, CANTO A LA FE y CANTO AL AMOR, y de un primer premio en efectivo de doscientos colones, para el ROMANCE A LA VIRGEN DE LOS ANGELES, ese fue mi primer triunfo literario. No olvido a las personas que me apoyaron y las envuelvo en mi recuerdo que iluminará mis ininterrumpidas noches de inspiración, de vigilia y de soledad.

En una ocasión en la Biblioteca Nacional, conocí a José Santos Chocano, poeta peruano de gran valía, de él recibí frases de estímulo y de afectuosa amistad. En uno de los reportajes que le dio a la prensa nacional, manifestó su criterio literario sobre los escritores nacionales diciendo que: "Carlomagno Araya, como poeta es de muy valiosa fibra..." Posteriormente circunstancias políticas adversas, me obligaron a dejar mi trabajo en la Biblioteca Nacional, al perder las elecciones el Lic. Alberto Echandi y ganarlas el Lic. Ricardo Jiménez O; perdí mi empleo, por haber colaborado a favor de la candidatura del Lic. Echandi. Otra vez cogí el martillo y el serrucho y me fui a trabajar en la construcción de la gradería del Estadio Nacional.

✓ Mi interés por conseguir un trabajo donde pudiera figurar en una posición más distinguida, lo conseguí en la función de gacetillero de un diario capitalino, con tan mala suerte que por haber dado, para su publicación la noticia que denunciaba un ilícito del entonces gobernador de San José, ese funcionario amenazó al director del periódico con retirar la publicación de anuncios y la suscripción del mismo; si no se me destituía de mi trabajo.

El director del periódico me llamó para comunicarme que quedaba despedido, y que no servía como periodista, que en la profesión se tenía que saber vivir, y que yo desconocía completamente ese detalle. Me despedí de mi jefe, pensando que el periodismo es más que

un apostolado y que la función informativa hay que enaltecerla.

Este mal paso, me puso una vez más a trabajar como carpintero bajo las ordenes del jefe de los ingenieros municipales; sin embargo, el funcionario consideró que ese trabajo yo no lo merecía y me trasladó a desempeñar el puesto de auxiliar de la tesorería en el Ayuntamiento Josefino.

Ocho meses después de mi triunfo literario, regresé a San Ramón a visitar a mi madre. Ella fue quien me dio la noticia de la muerte de Cristina, de los detalles de su fallecimiento no tuve ninguna información. La infausta noticia me desconcertó dejando huellas de desconsuelo y de agonía que ensombrecieron mi destino, y mi dolor se volvió inconmensurable con todas las predilecciones de la desgracia. Sufrí; pero el tiempo todo lo alivia, puso bálsamo de resignación en mis sentimientos y unos meses después, cuando sentí mitigada mi aflicción, fui a pasar unos días a mi pueblo. El calor de aquella tarde se extendía como pañuelo que enjugaba las lágrimas que la lluvia derramaba sobre la ciudad. El Cementerio de San Ramón era bello, sus tumbas y sus jardines proyectaban al visitante un entorno de paz y de alegre silencio. Sus cipreses filtraban los rayos del sol, la brisa refrescaba los nidos y los pájaros revoloteaban bajo un cielo de celeste infinito. Campánulas, santalucías y dalias ofrecían sus cálices a las abejas y a las mariposas, las pastoras y reinas de la noche se asomaban por encima de las tapias que cercaban el lugar y se contemplaban los cerros que embellecían el paisaje. Visité la sepultura de Cristina y recordé: "Cuando de niño andaba por los potreros arriando vacas. Cuando la conocí y me enamoré de su belleza trigueña, de sus lindos ojos, y rostro sonrosado. Cuando le escribí mis primeros versos de amor. Cuando alguien

me prohibió su amistad. Cuando el “cura del pueblo” me llamó para que me olvidara de ese noviazgo. Cuando comencé a trabajar en la mina. Cuando enterramos a tío Ernesto cerca de la orilla del río Savegrè. Cuando regresé a San Ramón más muerto que vivo”. Cuando buscando una mejor situación me instalé en Puerto Limón y luego me trasladé Puntarenas. .

En aquel momento, en dicho cementerio, derrotado por mi destino, sufrí el conflicto de una postración llena de inhibición y de calvario y con el espíritu obediente a mandatos de sacrificios dolorosos, me arrodillé en aquel sagrado lugar; recé un Padre Nuestro por Ella, por mi inolvidable Cristina y deposité en su sepultura el sentimiento de mis versos y la ternura de mis lágrimas.

A CRISTINA

Cristina, Cristina,
mi pálida novia,
mi pecho se agobia
pensando en tu amor.
Princesa doliente,
lejana y querida,
se llena mi vida
por ti de dolor.

¿En dónde te encuentras,
visión imposible,
qué fuerza terrible
te aleja de mí ?
¡Atiende mis ruegos.
imagen sagrada,
mi muerta adorada
yo sufro por ti!

El viento que pasa
tristísimo zumba
y al pie de una tumba
solloza un cantar
y al ver que ya nunca
veré a mi princesa,
loco de tristeza
me pongo a llorar.

ARQUETA LITERARIA

Cuenta la historia que en los castillos de los señores feudales, los juglares improvisaban sus cantos y los reyes guardaban sus tesoros, dentro del secreto de sus arquetas.

Tal vez don Quijote de la Mancha la hizo depositando en ella sus fantasías para Dulcinea, o Amado Nervo, para la Amada Inmóvil.

Nosotros la presentamos para conservar en ella la poesía de Carlomagno.

Sus hijos,

Carlomagno, Flor de María y Estrella.

5 de noviembre 2008.

EDICIONES AGOTADAS

- 1930
PRIMAVERA
1941
CENIT
1943
MEDALLONES
1960
DOS POEMAS
1961
LOS GIRÓVAGOS DEL NUMEN
1962
LA GRUTA ILUMINADA
1965
BANDERA Y VIENTO
1967
ITABO
1970
CAL
1974
OCARINA
1975
ALGO SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS
1977
CEDRO AMARGO
POEMA OCTOGENARIO
2008-10-29
MINA Y MONTAÑA
(LIBRO PÓSTUMO)
2009

PRIMAVERA

Libro Nº 1. Edición 1930, agotado, 92 págs. Portada
Noé Solano.

LA ESTROFA

La estrofa debe, necesariamente,
ser fácil y sencilla, antes que rara.
La estrofa debe ser sonora y clara
como el agua que brota de la fuente.

Ninguna concepción será graciosa
si no se viste de una forma bella.
La estrofa debe ser como una estrella,
la estrofa debe ser como una rosa.

La blancura y la miel de la azucena
que toda nitidez en sí resume,
debe tener el verso que es perfume,
que es nectario y es astro y es colmena.

Del poeta la lírica salmodia
compendiada en dulcísimos cantares,
se alzará, como se alza en los altares
el vivo resplandor de una custodia.

Si el verso es una esencia misteriosa
y es fulgor que deslumbrá y que destella,
la estrofa debe ser como una estrella,
la estrofa debe ser como una rosa.

**

CENIT

Edición 1941 (agotado, 166 págs.) editado Imprenta Nacional, bajo la Presidencia del Dr. Rafael Ángel A. Calderón Guardia. Palacio Nacional. San José, 14 de junio de 1941. Carátula Noé Solano:

¿En donde está el Cenit? Está en el cielo
y también en el alma: dondequiera
que fulgure la luz de una quimera,
florezca un árbol o se cumpla un vuelo.

Cenit es un sinónimo de anhelo,
ansia que vibra y corazón que espera,
miel y perfume de la primavera,
punto verticalmente opuesto al suelo...

El Cenit en la música es la clave
de sol. En los bosques es el ave
que levanta su cántico diverso.

Y en el fondo de mi alma peregrina,
es eso inexplicable que culmina
hasta tomar la proporción de un verso!

**

MEDALLONES

Libro N° 3. Edición 1943 (agotado, 77 págs.) Imprenta Española, carátula Noé Solano. Vicente Molina, músico y compositor ramonense, muerto en la plenitud de su vida y de sus facultades artísticas... (N. del A.)

VICENTE MOLINA

Pág. 43

¡Vicente Molina, Vicente Molina.
Alma de heliotropos en carne mulata!
Fluyó la más fina, nota cristalina
de tu peregrina corneta de plata.

A tu pensamiento, como luz febea,
el arte le puso lumínico asedio.
Porque no extraviara su ruta la idea
siempre te peinabas con carrera en medio...

La maldad humana, venenosa sierpe,
melló sus colmillos en el arte tuyo:
y sobre las alas ligeras de Euterpe
brilló tu quimera cual áureo cocuyo.

Fue noble y fecunda tu carne morena,
fue sacro tu ensueño, tu vida fue pura.
¡No sé por qué causa crece la azucena
más llena de encantos en la tierra oscura!

Los ultramontanos que todo lo exigen
y ciñen destinos a sus necesidades,
siempre discutieron tu modesto origen
sin tomar en cuenta tus capacidades.

✱

DOS POEMAS

Libro N° 4. El Bastardo y La Epopéya del Hombre Antorcha (fragmento). Edición 1960 (agotado, 36 págs.) carátula Imprenta Victoria.

LA EPOPEYA DEL HOMBRE ANTORCHA

Tratar de compendiar en un soneto
la grandeza de Juan Santamaría,
significa, tal vez, grave irrespeto,
constituye, quizás, burda herejía.

En poema magnífico, completo,
se debiera exaltar la bizarría
del héroe nacional, que como un reto
se eleva contra toda tiranía.

Que nos brinde sus mieles el Himeto,
su voz el mar, el viento su armonía
para cantar, ungidos de respeto,
al Hombre Antorcha de la patria mía:
aquel que tuvo el bien por amuleto,
la fe por arma y el valor por guía.



LOS GIRÓVAGOS DEL NUMEN

Libro 5. (Cien Sonetos. Edición 1961 (agotado 113 págs.) Imprenta Metropolitana. Portada Noé Solano.

DIOS Y YO

Pág. 9

Dios y yo somos íntimos amigos;
Dios y yo nos queremos como hermanos.
Él tiene para mí llenas sus manos
de bálsamos, de almíbares, de trigos.

Yo tengo para Dios todos los higos
de mi huerto interior y los lozanos
frutos de los espléndidos manzanos
de una fe que se expresa sin testigos.

Dios y yo caminamos siempre juntos,
tratando de encontrar los mismos puntos
donde tienen unión nuestros amores.

Así vamos por montes y ciudades:
¡yo siempre bendiciendo sus bondades,
Él siempre perdonando mis errores!

**

LA GRUTA ILUMINADA

Libro 6. Edición 1962 (agotado, 117 págs.) Imprenta
Metropolitana. Portada Noé Solano.

DÍA GRIS

Parece la neblina vellón de blanca lana
que, en rueca de humidades, ha hilado la mañana
mientras el alba viste su lóbrego capuz.
Natura los lebreles del vendaval azuza
y un árbol que tiritita y un pájaro que cruza,
les roban a los cielos partículas de luz.
La niebla se ha extendido también sobre mi vida.

Rosales de amargura florecen en la herida
que en mi ánimo doliente se terminó de abrir.
Y en medio de esta sombra que oscurecerme suele,
no hay árbol que se empine ni pájaro que vuele,
¡ni luz, ni amor, ni nada para poder vivir!

*
**

BANDERA Y VIENTO

Libro 7. Edición 1965 (agotado, 103 págs.) Imprenta
Nacional. Portada Noé Solano.

EL TIEMPO LO DIRA

Pág. 75

He lanzado mis libros contra el alma del hombre
como se lanzan piedras en una oscuridad.
Los versos que hay en ellos, ¿serán buenos o malos?
¡La inexorable criba del tiempo lo dirá!

Descorazonamientos alargan la distancia
que separa mi vida del ansiado laurel;
descorazonamientos de esos dolientes libros
escritos a la sombra de alguna insensatez.

Por entre nieblas pasa con paso de fantasma
el alma de mis libros, su azul corporeidad
camina tras el humo de la encendida gloria
que, al fin, sólo es escoria, delirio nada más.

¿Valen algo mis libros? El tiempo tiene báscula,
crisol, fragua, soplete, fuego de eternidad.
¡El tiempo también tiene lengua sin hiel de envidia
y el tiempo lo dirá.

*
**

ITABO

Libro 8. Edición 1967 (agotado, 116 págs.) Imprenta Nacional. Portada Olger Villegas Cruz.

POEMA NUPCIAL

Pág. 74

En la boda de mi hija Estrella

Ninfas de los bosques nativos y espesos
donde carga el viento fardajes de aromas;
árboles que amparan nidos de palomas
cuyos picos tejen encajes de besos.
Fuentes peregrinas que bajo las rachas
y a la expectativa de los horizontes,
van urdiendo trovas como los sinsontes
y charlando alegres como las muchachas.
Rica risa rima rosa rozagante
en áspero predio de cacofonías,
¡vierta el Cielo dones sobre esta pareja
mientras el amante cefirillo errante
y a la grata sombra que da la ternura
corre y cierra el corro de sus correrías.
Mariposa linda que el sol tornasola
escudo con alas de blasón precario
buscan el almíbar de fresco néctario
y el aroma suave de abierta corola.
Anforas que tienen actitudes plásticas
y que al encontrarles formas peregrinas,
me asalta la gracia de las bailarinas
de seños rotundos y piernas elásticas.
Pulmones de cisnes de diáfanos picos
que en una riqueza de emblemas y galas,

ponen festivales de armiño en las alas
y son el orgullo de los abanicos.
Quiero los tesoros que ocultan las minas
el oro, la plata, valiosos metales
esencia de nardos, leyes siderales,
gemas encantadas preciosas resinas.

Quiero en este día óbolo divino
para la Estrellita que sobre el trayecto
de mi noche oscura, pone luz de afecto
en cada amenaza o error del camino.
¡Vierta el cielo dones sobre esta pareja
y a la grata sombra que da la ternura
uno haga de almíbar y el otro de abeja,
mientras la existencia sus bienes refleja
en un hogar lleno de paz y ventura.

20 de diciembre de 1947.

*
**

CAL

Libro 9

Edición 1970 (agotado, 77 págs.) Imprenta Nacional.
Portada Héctor Castro L.

Con la cal de mis huesos enjalbagué
las paredes de mi poesía.
Mis versos son sitios de sinceridad
frente a las brisas y los huracanes.
Crearse enemigos en vez de malos amigos,
es la mejor demostración
del talento de un artista.

*
**

CURRICULUM VITAE

Sin tratar de llegar hasta la memoria de mis antepasados que vivieron pitecantrópicamente en lo más frondoso de mi árbol genealógico:

DECLARO:

Soy hijo de una lavandera ramonense. Mi abuela me sacó de cuarto grado de la escuela primaria porque según sus propias palabras, yo “nuiba a servir ni pa mestro”.

MIS OFICIOS

1) Arriero de vacas. 2) Aguador de peones. 3) Sirviente en hoteles y casas acomodadas. 4) Encalador de casas. 5) Panadero. 6) Minero. 7) Carpintero. 8) Oficinista.

Noveno y último oficio: escritor de ingenio problemático, cuyas producciones les merecen a ciertos críticos la misma opinión de mi abuela: que yo “no sirvo ni pa’ mestro”.

MIS TITULOS

Radio escucha y televidente.

MI JUICIO LITERARIO

Escribir un libro es empresa romana; editarlo, tragedia de Esquilo y venderlo, es el calvario de Nuestro Señor Jesucristo.

*

**

OCARINA

Libro 10. contraportada. Edición 1974 (agotado 84 págs.) carátula Imprenta Nacional. Dice: El escritor José Marín Cañas relaciona su pobreza con la de Carlomagno Araya y dice que en cierta época necesitó buscar un modestísimo puesto en la Municipalidad de San José y se dio cuenta de que, para vergüenza de Costa Rica, lo ocupaba Carlomagno, ese gran poeta lírico que hoy peina canas respetables.

(De *La Nación* del 12 y 19 de noviembre de 1973).

**

PALABRAS EN LA ARENA

Pág. 12

“Jesús escribió de intento en la arena, para que el viento se llevara las palabras que los hombres, tal vez, no habrían podido leer sin miedo. (De la Historia de Cristo de Giovanni Papini).”

Yo vidente de la poesía, traduje esas palabras que figuran al final del siguiente poema;

Nº 1

Sobre Jerusalén la luz caía
polvo del azafrán de la alborada
como sedante de la adormidera
sobre el pus y el tormento de una llaga.

Vociferando inculpaciones iba
la agresión de una turba que arrastraba
a doliente mujer, en cuyas manos

se escondían sus rizos y sus lágrimas.
Jesucristo, valor hecho persona,
sin medir consecuencias ni distancias,
hacia el grupo sus pasos dirigió,
en actitud de reprimir la infamia.
Y cuando estuvo cerca del desorden,
sus manos parecían dos tenazas
y levantó la voz, resueltamente,
y a la turba increpó:

Nº 2

“¿qué es lo que pasa,
por qué el maltrato a una mujer, por qué
contra los indefensos tanta saña?
Y entre el grupo se hundió cuerpo y espíritu
de Aquel que unió su acción a la palabra.
La gente se detuvo y al mirar
en ojos del Rabí la llamarada
de una resolución inquebrantable
se oyeron voces que inflamó la rabia:
“es un demonio, una mujer adúltera
y debemos, nosotros, lapidarla.
Las piedras de la calle darán cuenta
de esta serpiente de insidiosa escama.
Es la ley de Moisés la que autoriza
a limpiar la inmundicia de esa baba”.

Jesús que fue perdón, misericordia,
que fue la comprensión y la enseñanza,
el ejemplo llevado al sacrificio
y la lección a juventud ignara,
se quedó contemplando a los hipócritas
que llevan sangre de ancestral falacia,
a los censores del rasguño ajeno

que están disimulándose sus lacras;
y cual león, con la melena en ondas,
alzó a los cielos su cabeza brava;
avanzó y de los garfios del tumulto,
como se toma el puño de una espada,
tomó de un brazo a la mujer aquella
y a su lado llevóla. Sollozaba
la pobre, que en sus manos mantenía
todavía sus bucles y su cara.

Y Jesús, con su grávida elocuencia
de clarín en mitad de la batalla,
de fuerza celestial del Evangelio,
de voz eterna de la Eterna Gracia,
así les dijo a los acusadores:

Nº 3

“Está bien. Quien esté limpio de falta
lance la primera piedra...”

Se cruzaron
en la turba recíprocas miradas
y poco a poco los furiosos jueces
se alejaron lo mismo que fantasmas,
igual que paralíticos espectros
ocupando muletas de desgracia,
bordones de terribles pesadillas,
cada vez más horrendas y satánicas.

Y Jesús, nada más, en compañía
quedó de la mujer avergonzada,
a quien le dijo con perdón severo:
“vete y no peques más”.

Hacia su casa
se fue la pobre y el maestro, entonces
sobre la arena de la calle larga
se acuclilló, escribiendo con el índice
de su mano derecha, estas palabras:

“Vosotros hombres, que llenáis la vida
de aparentes virtudes, soís las falsas
paredes de los túmulos podridos,
donde la hipocresía se agazapa.
Si queréis que redima vuestras culpas
más grandes que las más grandes montañas,
tened piedad hasta del enemigo
que clava en vuestras vísceras su daga.
Y por último os digo: si soís duros
lo mismo que canteras milenarias,
¡no tiréis contra nadie vuestras piedras
no arrojéis contra nadie vuestras almas!”



ALGO SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS

Libro 11

Edición 1975 (agotado, 33 págs.) carátula Imprenta
Torres, contenido literario prosa.

CEDRO AMARGO

Libro 12

Edición 1977 (agotado 91) Imprenta Torres. Carátula
Lilly Artavia.

RELAMPAGOS SOBRE MI CUEVA

Pág. 91

En esta cavidad donde vivo, ya vislumbro relámpagos que me anuncian próximas tempestades que sobre mí lanzarán las cóleras de los Cotopaxis y de los Kalimánjaros de nuestra literatura. No importa, estoy acostumbrado a descargas de pacotilla y mi pararrayos lírico todavía sirve para defenderme.

Aquí permanezco, cuidando el estrecho y oscuro albergue que me deparó el destino, sin intentar escapar a los estruendos y a los peligros que me amenazan.

Sé perfectamente que mi franqueza a veces humorística y a veces apasionada, nunca me harán benemérito de la patria, ni siquiera después de muerto habrá una calle o una escuela con mi nombre.

Nada me interesan los rencores, la indiferencia y el olvido de los engolletados y sé que tampoco nada me va a interesar que mi tumba no vaya a tener, por lo menos, la más humilde lápida.

Si las ideas, si las imágenes, si las formas, si el sentimiento que hay en mis libros, merecen ser conmemorados por el pueblo, por ese pueblo de donde yo vengo con mi alforja de esfuerzo al hombro, alforja en que cargo de un lado, mi pobreza y del otro, mi modestia, modestia que no excluye la indignación que me producen las personas que han tratado de negarle a mi lira el libérrimo derecho de definir sus sonoridades entre el amor y el ritmo, entre la amistad y la gratitud, entre mis vicios que han sido precipicios horribles y

entre mi voluntad y mi entereza, que son los dos poemas de hierro que me han levantado a las verdaderas alturas del espíritu; repito, si el pueblo me recuerda, mi alma se sentirá infinitamente satisfecha, porque el pueblo es arteria de eternidad por donde circundan los destinos irrevocables del trabajo, de la comprensión y de la justicia.



POEMA OCTOGENARIO

Libro 13. Contraportada

Edición 1977 (agotado pág. 23). Imprenta Sáenz Lobo, carátula Lilly Artavia.

DE MI MAGÍN FILOSÓFICO

La política y la guerra son dos oquedades: una es cubilete para engañar al pueblo; la otra es sepultura para enterrar las víctimas del crimen.

Todos los negocios especialmente el de la política debemos tratarlos con ciertos hipnotismos y ciertas brujerías, para llegar a enriquecernos, aunque:

...por ser poeta sé que
también el de Asís fue un bardo
que vio siempre en las riquezas
las ataduras del diabló.

Algunos afirman que los negros son inferiores a los blancos, como si el talento y la virtud pudieran considerarse betún para los zapatos o tinte para el cabello.

Personas que sólo le han aportado complicaciones a la cultura se creen genios, pensando que se puede

amarrar mejor un águila con un enredo de tripas que con un mecate.

Armarse bien para mantener la paz es como comer hasta indigestarse, con el propósito de nutrirse y de conservar la salud.

La mentira más grande es decir que amamos a Dios, cuando la verdad es que solamente lo buscamos para que nos sirva.

Dichosos los comerciantes que roban con el metro o con el kilo, porque ellos siempre tienen la ocasión de alcanzar el resplandor máximo para llegar a próceres.

Si un sapo o una tarántula se enamoran de una paloma, harían menos ridículo que el viejo enamorándose de una mujer joven.

Yo soy el más inservible y extemporáneo de los viejos y así quiero meterme a filósofo contemporáneo.

C. A. L.

**

Libro 14

Edición 2008-10-25. (En trámite publicación Litografía e Imprenta LIL, S.A. Mina y Montaña).

**

LINEAS ACLARATORIAS

En el libro Ocarina expongo tres medios distintos de literatura. La primera parte contiene versos y prosas en los que se palpan lirismos pictóricos unidos a las intensidades emotivas causadas por cosas del espíritu. En la segunda división, salpico un poco del humorismo con que mi gemelo Juan Malo ha tratado de hacer reír a

nuestro pueblo y en la tercera, mi otro "cuate" Nastasio Prendas sigue los pasos de Aquileo de Arturo Agüero y forma un folklore versificado donde nuestro desventurado "pachuquismo" no puede dejar de producir inevitable resonancia.

Suplico a los lectores me excusen si por embrollo senil repito que la sinceridad es casi lo único que le da a mi literatura (especialmente a mi poesía) definida personalidad y que tomo esa franqueza audaz y sencilla como tarima para encaramar mi obra y que así fácilmente logren verla las generaciones venideras y puedan de esta manera dictaminar sobre ella con verdadera justicia.

1974. COSAS DE TIQUICIA

Soy macho muy bien plantao,
 no mi asustan los asustos
 y me gusta criar disgustos
 con cualesquiera malcriado.
 Mi agarré con el finao,
 el famoso Pancho Bustos
 y me di mis cuatro gustos
 hasta dejalo esrotado.
 ¿Quién es más hombre que mí
 en Moravia, en Aserrí,
 en Tibás, en San Isidro?
 ¡Por peliar y ser valiente,
 no me queda ya ni un diente
 y un ojo tengo de "vidrio"!

COSAS DE TIQUICIA (2)

Pág. 15

Domitila, mi bella Domitila
sos la jaña más tuanis de Escazú,
te ruego que por yo vivás tranquila,
pus todo mi cariño es para tú.

No m'importa si di otro has sido tráido,
lo que quiero es que ti mes' des el "sí"
¡ay, me siento completamente cáido
por tu amor, pues no hay hembra como ti!

De de veras sos tuanis y m'eccita
conocer que atendés a Pantalión
el mesmo que te llega a' hacer vesita
con los labios pestíferos a ron.

Me dijiste una vez que Panta Es Panta,
cuando quedarás, echámelo, mujer.
Con sólo veme a yo pára la manta;
ese lión es un gato cualesquier!

Carlos Prendas (seudónimo)

**

**JUICIOS LITERARIOS
SOBRE LA POESIA DE
CARLOMAGNO ARAYA LOPEZ**

MINA Y MONTAÑA
(Juicios en el libro Cenit)

Siguen hasta unos veinte jóvenes, quienes todavía en flor están ya dando fruto en abundancia, entre quienes he de notar al gran poeta Carlomagno Araya, honor de Costa Rica.

6 octubre 1924. Valeriano Fernández Ferraz

*
**

Usted es uno de los poetas de Costa Rica de más vuelo.

J. M. Alfaro Cooper

*
**

Los moldes clásicos no han perdido nada de su virtualidad como sempiternos órganos de poesía, cuando un poeta como usted en ellos escancia, comunicándoles expresión artística, el contenido sutil y trascendente de su inspiración.

Justo A. Facio

*
**

Carlomagno Araya se busca a sí mismo sin retorcimientos ni artificios, en una sencillez virgiliana, que es la principal belleza de su Musa.

Eugenia Torres

*
**

Carlomagno Araya para mí es el poeta más fácil que tenemos, de inspiración sana y robusta.

Rogelio Sotela

*
**

Carlomagno Araya es uno de esos poetas que parecen haber tomado como divisa la célebre confesión de Lord Byron: "My heart is my poetry". Porque eso es su poesía: corazón, emoción, sinceridad. Su libro es un conjunto de deliciosos poemas llenos de vida, de sensibilidad, de riqueza lírica.

"El Mentor" del Uruguay

*
**

Y en punto a poesía de propio natío, nada tenemos que envidiar, leyendo ese poema de Carlomagno Araya, sobre la Navidad de San Francisco, pleno de unción, literaria y mística, con estrofas conmovedoras y finísima elevación espiritual.

Luis Dobles Segreda

*
**

Su motivo poético arranca de la oportunidad que le brinda el ambiente patrio con sus ternuras y la virtual calidez de su regazo; la savia de su arbolado artístico es del Continente: el acento de sus inspiraciones corresponde al que se percibe en nuestra selva que solloza al ser abatida a furor de hacha, y el matiz de su paleta está en nuestra montaña que se yergue con la elegancia del potro que llega a la altura a peinar sus crines con vientos de cumbre.

Carlos Jinesta

*
**

Mi poeta favorito es Carlomagno Araya.

Elenita Jiménez V.
(Diario de Costa Rica 5/9/1930)

*
**

Gozo con su producción poética, tan elevada y constante, como que no brota con intermitencias, como si dijéramos a la fuerza, sino que corre sin cesar como un arroyuelo que se desliza mansamente entre los árboles de la floresta y que va cantando y cantando en obediencia ciega a la ley de la belleza y del amor. Su musa es dulce como la miel de los panales que por embriagarse con ella los chiquillos apalean sin piedad, y a la vez muy sabia y discreta, pues no es desleal con la naturaleza y no pretende jamás violar sus leyes, sino que su orgullo y su poder están en su misma fidelidad, en su luciente visión de lo que es bello y verdadero.

Julio Acosta

*
**

Habrá que hacer la impresión de su libro en "papel de música" y sobre un pentagrama con clave de sol, porque su trova es siempre nota melodiosa y subyugante desprendida del arpa misma de Apolo, en la gran sinfonía del pensamiento,

Joaquín Fernández Montúfar

*
**

Bogota, octubre 5, 1963 Señor don Carlomagno Araya (hijo). La obra de tu padre la he dado a conocer en los círculos literarios de este país, principalmente en la Academia Colombiana de la Lengua, en donde sus composiciones han sido objeto de los más encomiables comentarios. El poeta Rafael Maya me ha hecho calurosas manifestaciones de reconocimiento por su obra. Te envió la presentación que hizo el Dr. Carlos López Narváez, brillante poeta y miembro de la Academia de la Lengua. Te darás cuenta cómo distingue a don Carlomagno, algunos de cuyos poemas ha aprendido de memoria.

Tu amigo de siempre,

José R. Cordero Croceri,
Embajador de Costa Rica en Colombia.

*
**

**FRATERNAL ENCUENTRO
DE DOS POETAS FAMOSOS**

La República, domingo 2 de abril de 1967

Pág. 28

Dr. Carlos López Narváez y el escritor Carlomagno Araya López. Ambos poetas de prestigio americano tuvieron un encuentro fraternal ayer tarde en los salones de la gerencia de la República

Ambos son románticos. Y como dice el Dr. López. ¿Quién no es romántico? (foto H. Araya):

COLOMBIA

Para el amigo Carlos López Narváez
Hermano poeta

Colombia es como círculo de estrellas
puesto por Dios sobre la sien andina;
gema que fulge, pájaro que trina,
tierra de flores y campiñas bellas.
Son lindas sus mujeres. Todas ellas
encarnan la hermosura peregrina
que a dilectos espíritus fascina
dejándoles, de amor, profundas huellas.

Son sus artistas con lo que se ufana
y se goza la patria colombiana
porque vive de líricos placeres.

Patria de egregios y gloriosos nombres,
que tiene la entereza de sus hombres
unida a la virtud de sus mujeres.

SALUTACION FRATERNA

A Carlomagno Araya

Salud en la belleza hermano Araya.
Salud bajo este sol que glorifica
a la noble y hermosa Tierra Tica,
la de dulce canción y ciencia gaya.
Salud a ti que has dado ciento y raya
cuando en líricos Flandes una pica
concurriste a clavar; y grata y rica
pobló tu voz esta celeste playa.

DIOS –Con ÉL os queréis como hermanos
concede a mis crepúsculos humanos
la lumbre confraterna de encontrarte.

A TI ventura en ÉL, por Magno y bueno;
y gloria a tu laúd de gracia pleno
con la armoniosa eternidad del Arte!

Carlos López Narváez
San José de Costa Rica
Jueves Santo, 1967.

“DIOS Y YO”, es una gema sacada al azar de los
GIROVAGOS DEL NUMEN, el maravilloso cofre lírico
de Carlomagno Araya, artífice costarricense lapidario de
sonetos.

Carlos López Narváez (colombiano)



Numen espontáneo, entre cuyas riberas se desliza una suave armonía, es la lira de Carlomagno Araya.

Héctor Marín Torres

**

15 de marzo de 1961. Don Carlomagno Araya, mi admirado amigo. Con singular deleite he leído sus poemas, que lo son de Costa Rica y de las más nítidas páginas de una antología selecta.

Alejandro Aguilar Machado

**

México, D.F. 28 de abril de 1962. A don Carlomagno Araya, culto poeta y estimado amigo. Usted que realiza literatura en sus escritos, no sociología, debe seguir su propio númen y no apartarse de él. El post-modernismo, por ejemplo, el dadaísmo, el cubismo, el creacionismo, como se quiera llamar a ese libertinaje literario y artístico de que hacen gala ciertos escritores, poetas, pintores, escultores, en una palabra artistas, en cuanto concretamente se refiere al verso, es un verdadero atentado contra la belleza emocional y expresiva y desde luego contra la clásica y depurada concepción de arte griego, latino y castellano.

Víctor Manuel Cañas

**

Me has dejado deslumbrado con los maravillosos versos de tu libro LA GRUTA ILUMINADA. Para consagrarte como gran poeta, me basta el inspirado

poema LAS MANOS DE JESÚS, que ya casi me sé de memoria. A mi juicio, eres el mejor poeta de Costa Rica, y uno de los mayores de nuestra América.

Oscar Ponce de León
Peruano

*
**

Corina Rodríguez, en carta del 29 de abril de 1944, a unos intelectuales salvadoreños les manifiesta; "Carlomagno Araya es el producto de una férrea voluntad, de un talento claro y de una vida de lucha y de sufrimiento."

*
**

En ningún cause poético se desliza con tanta serenidad la lírica inspiración de Carlomagno Araya, como en el de los catorce versos de un soneto. Este aristócrata Señor de las letras costarricenses, como Barbey D. Aurevilly, llegará a los ochenta años con el corazón florido, la pupila enamorada y el alma diáfana como una gota de agua."

Edgardo Prado
Escritor nicaragüense

*
**

De sorpresa en sorpresa me mantengo, embelesada el alma en la contemplación de la montaña lírica que es Carlomagno Araya.

Amelia Ceide
Poetisa portorriqueña

*
**

Sobre el poema de "MI DIGNIDAD" con el que Carlomagno Araya obtiene su consagración definitiva, escribió el poeta don José María Zeledón (Billo Zeledón) en el periódico *Diario de Costa Rica*, del seis de octubre de 1925 lo siguiente:

"EL POEMA DE MI DIGNIDAD", con que Carlomagno Araya acaba de obtener su consagración definitiva. Quien escribió ese poema si efectivamente sabe o puede vivirlo íntegramente realizará lo que a mi juicio debe ser un poeta; lira resonante cuyo cordaje arrullado por la brisa modula acendradas ternuras y azotado por el huracán prorrumpe en apocalípticas sinfonías; brazo levantado enfrente de la multitud humana, pronto a señalar un punto o acometer una defensa; faro encendido en la noche de la inopia, como una estrella fija que atestigua la existencia de la armonía que es Justicia y de la Belleza que es Bondad.

EL POEMA DE MI DIGNIDAD (1)

Al poeta don José María Zeledón

No poseo riquezas ni abolengo
ni siquiera una rústica heredad.
El único tesoro que yo tengo
es el tesoro de mi dignidad.
Más alto que las águilas, más alto
se remonta mi potro de ilusión.
Siempre escale las cúspides de un salto
llevando a flor de labio mi canción.
Trabajo y lucho sin cesar, la vida
me ofrece cada vez más interés.
La montaña de mi alma, florecida

se pasa y alas llevo hasta en los pies.
No me importan las críticas del vulgo
que tiende en mi camino un valladar.
Sacerdote del Arte, lo excōmulgo
desde el púlpito azul de mi cantar.

Indómito corcel de recio apresto,
mi signo se adelanta a cualquier signo.
Tengo el goce gentil de ser modesto
y la dicha inefable de ser digno.
Obrero del taller y de la idea,
no me importan el malo ni el estulto.
Y dé mi ansia en la lid quiero que sea
un lábaro de gloria cada insulto.
Acércate hasta mí pobre cardumen
de necios y pedantes, oye y mira:
mis haberes en esto se resumen:
un esfuerzo, un ensueño y una lira.
No cabe de mi vida en las leyendas
ni un punto, ni una coma, ni una tilde.
Acércate hasta mí para que aprendas,
pues te quiero enseñar a ser humilde.
¿Qué quién soy, me preguntas con sarcasmo,
queriéndome aplastar bajo tu planta?
Yo soy el portavoz del entusiasmo
por todo lo que vuela y lo que canta.
Soy pujanza, soy lucha y soy destino
y en una ensoñación vivo y aliento.
Soy un grano de polvo en el camino
con el cual puede hacerse un monumento.
Yo soy un carpintero sin dobleces
y escúchame, por Dios, y no te asombres:
mi metro medir puede muchas veces
la estatura moral de algunos hombres.
Yo no digo que soy puro y perfecto

y que a mi alma no más que el bien le cuadra,
pero hasta aquí me he mantenido recto ...
cual las líneas que trazó con mi escuadra.
Hablas de mi pobreza y de mi origen
queriéndome humillar, ¡mezquino intento!
Título y sangre azul no se le exigen
a los hijos que son del pensamiento.
El coturno que calzo no lo enlodo
en el cieno estancado de lo fútil.
Seré todo en la vida, seré todo
lo que puedas pensar, menos inútil.
Me llamas presumido, necio y vano.
y me tienes a mí como una cosa despreciable.
Pero, oye, es que el gusano
transformóse hace tiempo en mariposa.
¿Te sorprenden mis gestos? ¿Te sorprende
que diga lo que soy y lo que llevo
dentro de mí? ¿Tu espíritu pretende
que el ave de mi fe no dé su huevo?
Asómate hasta el fondo de mi instinto
y verás cómo enhiesto y tengo sobre ...
mi idiosincrasia, como sobre un plinto,
la emoción inefable de ser pobre.
Escúchame, por Dios, recua perdida
y sabrás por qué lucho y por qué venzo:
lucho para templar y alzar mi vida,
venzo porque trabajo y porque pienso.
La tristeza, el dolor y la miseria
caminan de mi mano por el mundo,
pero de inspiración tengo una arteria
que me hace ser potente y ser fecundo.
Es una arteria de proficuos dones
que sangra en mi interior. ¡Arteria mía,
por la cual son más dulces mis canciones,
no he sabido ni quien te rompería!

Pero sangra sin tregua. Te reclama
el filo de las hachas que te hieren.
Tus vigores ofrenda al que te ama
y tu perdón a los que no te quieren.
Que el mejor de mis cantos se alce y vibre
para entonces por él decirle al mundo:
no hay más goce peregrino que ser libre
ni más grande virtud que ser fecundo.
Yo no arrastro mi lírico estandarte
por el lodo enfermizo de lo bajo.
Obrero de la rima, adoro el arte;
artista del taller, amo el trabajo.
Soy pujanza, soy lucha y soy destino
y en una ensoñación vivo y aliento.
Soy un grano de polvo del camino
con el cual puede hacerse un monumento.
Cuando niño marché bajo la saña
de la lluvia fatal que me envolvía,
en el seno buscar de la montaña
la leña que en mi hogar se consumía.

Fuí baquero después y cien auroras
me vieron descender por el vallado,
oyendo con deleite las canoras
aves que viven alegrando el prado.
Repleto de altivez, desde pequeño
cincelé mi carácter en la lucha
por la vida, y un ansia y un ensueño
le dieron a mi ser potencia mucha.
Aquí me tienes, en la lid enhiesto,
mi signo adelantando a cualquier signo
y exornando el pendón de lo modesto
con los frescos laureles de lo digno.

Impreso por
Litografía e Imprenta LIL, S.A.
San José, Costa Rica
www.lilcr.com
Tel. (506) 2235-0011
383175



Carlomagno Araya López, nació en la ciudad de San Ramón de Alajuela, el 5 de noviembre de 1897, falleció en la ciudad de San José el 10 de julio de 1979 a los 82 años de edad. Poeta laureado en diferentes certámenes literarios, ganador de la "Flor Natural" y poseedor de 13 medallas de oro, es declarado "Maestro en Gaya Ciencia" en los Juegos Florales de 1926, en la ciudad de Cartago, (C.R.) En 1928 participa en el concurso literario que convoca el periódico "Diario de Costa Rica" y conquista el primer premio con el soneto "Sandino", homenaje que ofrece el poeta en aquel momento, al patriota nicaraquíense Augusto César Sandino.

ISBN: 978-9977-47-380-2



9 789977 473802